

[La lucha contra la guerra]

León Trotsky

25 de septiembre de 1937

(Versión al castellano desde “[La lutte contre la guerre]”, en *Oeuvres*, tomo 15, Institut Léon Trotsky, París, 1983, páginas 75-77. “Respuesta (T 4213) a las preguntas del periodista Roger Devlin de *Tribune*, de Tulsa, original en francés; con el permiso de la Houghton Library.)

Las organizaciones llamadas pacifistas, incluyendo a las organizaciones obreras, no constituyen en absoluto un obstáculo para la guerra. Los numerosos congresos pacifistas, esencialmente organizados por la I. C., sólo son empresas teatrales, desprovistas de cualquier eficacia: en el momento de la guerra todos los líderes pacifistas, todos esos señores y damas, piadosos y humanitarios, se unen a su gobierno, como lo hicieron en 1914, para apoyarlo en la guerra.

El único factor político que impide hoy en día el estallido de la guerra es el miedo de los gobiernos a la revolución social. El mismo Hitler lo ha proclamado muchas veces. Es preciso extraer la consecuencia lógica: cuanto más revolucionario es el movimiento obrero, más se opone éste a las clases dirigentes imperialistas, y más éstas se ven paralizadas en sus designios de un nuevo reparto del mundo por la fuerza de las armas.

Sin embargo es muy necesario distinguir entre los países imperialistas y los atrasados, coloniales y semicoloniales. La actitud de las organizaciones obreras de los dos campos, y frente a esos dos campos, no puede ser la misma. Un ejemplo clásico es la guerra actual entre China y Japón. Está absolutamente fuera de duda que, por parte de Japón, constituye una guerra de rapiña y, por parte de China, una guerra de defensa nacional. Poner a los dos países en el mismo plano sólo pueden hacerlo agentes conscientes o inconscientes del imperialismo japonés. Por ello no puede sentirse más que piedad o menosprecio hacia la gente que, ante la guerra sinojaponesa, declara estar en contra de toda guerra, contra la guerra a secas. La guerra ya es un hecho. El movimiento obrero no puede permanecer neutral ante la lucha entre los esclavistas y los esclavos. El movimiento obrero en China, en Japón, y en el mundo entero, debe oponerse con todas sus fuerzas al bandidismo imperialista japonés sosteniendo al pueblo chino y a su ejército.

Ello no significa en absoluto una ciega confianza en el gobierno chino ni en Chiang Kai-shek. En el pasado, particularmente en 1925-1927, el mariscal ya se apoyó en las organizaciones obreras en su lucha militar contra los generales chinos del norte, agentes del imperialismo extranjero. Pero acabó aplastando en 1927-1928 a las organizaciones obreras con la fuerza de las armas. Se trata, pues, de sacar todas las lecciones de esta experiencia que, por otra parte, solo fue posible gracias a la nefasta política de la Internacional Comunista. Participando en la guerra nacional, legítima y progresista, contra la invasión nipona, las organizaciones obreras deben conservar toda su *independencia política* frente al gobierno de Chiang Kai-shek. El partido comunista

chino realiza de nuevo, como ya hizo en 1924-1925, denodados esfuerzos para someter políticamente al movimiento obrero chino a Chiang Kai-shek y al Kuomintang. Es un crimen tanto más terrible cuanto que se repite por segunda vez. El remedio para las organizaciones obreras no consiste, sin embargo, en declararse “contra toda guerra” y en cruzarse de brazos en una actitud de pasividad traidora, sino en participar en la guerra, en ayudar al pueblo chino material y moralmente, e incluso al mismo tiempo en educar a las masas obreras y campesinas en un espíritu de independencia total frente al Kuomintang y al gobierno. No acusamos a Chiang Kai-shek por hacer la guerra. ¡No! Lo acusamos de hacerla mal, sin la necesaria energía, sin confianza en el pueblo y, sobre todo, en los obreros.

Un pacifista que tiene la misma actitud frente a China y Japón en este conflicto terrible se parece a quien identificase el lockout con la huelga. El movimiento obrero está contra el lockout de los explotadores y a favor de la huelga de los explotados. Sin embargo, las huelgas a menudo están dirigidas por malos pastores que son capaces de traicionar al movimiento obrero durante la huelga. Este no es un motivo para que los obreros renuncien a participar en la huelga sino un motivo para movilizar a las masas obreras contra las insuficiencias y traiciones de la dirección. Muy a menudo ocurre que, durante o después de la huelga, la masa sindicada cambia a su dirección. Muy bien puede también ocurrir lo mismo en China. Pero el cambio sólo puede ser favorable a las masas populares a condición que las organizaciones obreras chinas e internacionales apoyen firmemente a China contra Japón.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es